

explicadas, las de Grice, a la década de los sesenta). Pienso que algún capítulo dedicado a las teorías causales de la referencia, a la semántica de situaciones o la teoría del rol conceptual, por poner algún ejemplo, hubiera sido conveniente.

Un manual excelente, en definitiva, recomendable no sólo para el neófito sino también para el conocedor.

Javier VILANOVA

FOLLON J., (*"Suivre la Divinité"*). *Introduction à l'esprit de la philosophie ancienne*, Éditions Peeters, Louvain-Paris 1997, 227 págs.

Los ocho capítulos centrales de esta densa, aunque breve, obra, están dedicados a los más conspicuos autores y escuelas de la filosofía griega. Los cuatro primeros tratan de los presocráticos, los tres siguientes se ocupan de Sócrates, Platón y Aristóteles junto a las escuelas que fundaron. El último se ocupa los estoicos, epicúreos y escépticos, es decir, de las principales escuelas helenísticas. Aunque el autor tiene una intención muy determinada, que se presenta en la amplia introducción, estos capítulos constituyen un excelente resumen del pensamiento antiguo, de indudable utilidad para quien desee penetrar en su dominio. No en vano nació este libro de cursos impartidos en la Universidad de Lovaina. Le da término una conclusión, también extensa, sobre la filosofía romana, que se centra en la confrontación de las sectas filosóficas con el cristianismo.

Incongruente se antojará a la opinión moderna la conjunción del título y subtítulo que encabezan esta obra. ¿Acaso "seguir a la Divinidad" no parece lo más opuesto a la esencia misma de la racionalidad que se espera hallar en la cuna de la filosofía? De una parte, seguir a la Divinidad, acción voluntaria de sometimiento y de imitación de lo divino, parece condensada definición de la religiosidad. De otra, el espíritu de la filosofía antigua evoca la quintaesencia, el principio y nacimiento del *lógos* o razón que emerge desde las brumas míticas. ¿Cómo cabe identificar cosas que hoy parecen a muchos tan radicalmente contradictorias? Sin embargo el título no podía ilustrar mejor el contenido de la obra.

Si mal no entiendo, lo que este libro considera paradójico es precisamente que pueda hoy tenerse por "paradójico" su título. La inspiración que lo preside radica en la contraposición entre, el concepto moderno de filosofía, empeñada en diferenciarse cuidadosamente su dominio y el de la religión, y la noción griega de filosofía. Pues, a ojos de los helenos, la filosofía es contemplación teórica de la naturaleza y de sus principios primeros, entre los cuales se halla lo divino, de modo que para ellos no existe oposición entre teología y filosofía. Tiene, además, un lado práctico, derivado del teórico, en cuanto es un estilo de vida y camino de salvación. Porque los antiguos entendían, "*no sin razón, que una verdadera visión de Dios o*

*de lo divino, que sólo la filosofía puede procurar, no podía dejar de influir profundamente sobre quien de ella se había beneficiado*" (p. 13). Lo cual tiene por efecto la agrupación en escuelas o sectas enfrentadas, en cuyo seno ingresaban los filósofos como hoy se "entra en religión", para recibir no sólo una educación intelectual, sino también para adoptar un modo de vida similar al de las comunidades religiosas.

Nada de todo esto se da en las filosofías predominantes en tiempos recientes. La filosofía no se concibe ya como investigación de los primeros principios y causas de los seres naturales, sino como teoría del conocimiento o incluso como actividad de esclarecimiento lógico del pensamiento. A su vez razón y fe se consideran dominios entre sí ajenos, para estas doctrinas en su mayoría agnósticas cuando no ateas (existencialismo ateo, marxismo, neopositivismo, estructuralismo, escuela de Frankfurt, postmodernismo). Más aún —y esta es la diferencia mayor, a ojos del autor, entre la filosofía antigua y la moderna— rara vez pretende ésta convertirse en arte de vivir o en senda salvífica. En esto el papel de la sabiduría antigua ha sido substituido por el cristianismo, y ningún intento posterior ha conseguido suplantarle por una espiritualidad pagana. Finalmente la adhesión existencial del filósofo a su escuela, y la subsiguiente rivalidad con otras sectas, es una actitud muy diferente de la desapasionada vida universitaria, donde se desarrolla hoy la actividad filosófica. La incongruencia no está, pues, en unir religiosidad y filosofía, sino en la superficialidad histórica que identifica el filosofar moderno con la filosofía griega, sin reparar en la enorme disparidad de ambas cosas.

Aunque esta inspiración, explícita en la introducción, sea de índole crítica, no por ello tiene el libro estilo polémico alguno. Con muy buen tino el autor olvida, desde el primer capítulo, las doctrinas filosóficas modernas. Ni siquiera se ocupa demasiado de los historiadores de la filosofía. Se conforma con responder, basándose en su amplísimo dominio de las fuentes, a las preguntas siguientes: *¿Qué entendían los griegos mismos por filosofía? ¿Qué resonancia tenía para ellos esta palabra? ¿Qué imagen tenían del filósofo?* Las comparaciones se dejan, en buena medida, a cargo del lector.

Para alcanzar este fin, Jacques Follon examina en los más grandes autores griegos, cinco cosas: *"la teoría de los primeros principios, la concepción de lo divino, la filosofía como modo de vida, las relaciones entre la filosofía y la ciudad, e incluso la organización de las escuelas filosóficas"* (p. 196). Estos temas así enumerados pueden parecer inconexos. Sin embargo el designio de descubrir el espíritu común a cada escuela y a la filosofía antigua en general se alcanza precisamente al poner en conexión estas cosas. Los principios de la naturaleza y del mundo enlazan con la teología y ésta con los compromisos que adquiere quien ha alcanzado tan alto saber: una forma divina de vivir, la obligación de transformar las costumbres particulares y políticas de sus semejantes, lo cual involucraba, a veces, la fundación de escuelas donde se enseñaban virtud y teoría.

El resultado es, a mi juicio, una especie de visión invertida de los sistemas filosóficos de la antigüedad. Invertida porque el acento se pone, no en la teoría del conocimiento y en la metafísica, sino en la teología y la ética como culminación de la filosofía de la naturaleza y de la metafísica, de manera que la filosofía aparece ante todo como maestra de la vida. Por ejemplo, la exposición de Aristóteles empieza por presentar cómo la doctrina física del movimiento tiene una inspiración biológica, de modo que las cuatro causas, hallan su piedra angular en el fin al que dirigen todos los seres su crecimiento natural. La teoría de las causas lleva a la del primer motor, acto puro de conocimiento de sí mismo, ajeno al mundo físico, que, sin embargo, produce cualquier cambio, por la atracción que ejerce sobre todos los seres. El eterno y universal movimiento del mundo, concebido como desarrollo hacia la perfección de cada especie, se explica, bajo este prisma, como tendencia a imitar al primer motor, es decir a Dios. Y así, los seres vivos crecen hasta alcanzar la plenitud para reproducirse y alcanzar cierta eternidad divina en la permanencia de la especie. En cambio el hombre, única criatura en cierto modo divina, puede asimilarse a Dios no sólo por la inclinación al placer que perpetúa la especie, como los animales, sino también en cuanto es capaz de contemplar. Pues, de una parte, esta actividad pertenece al género de acto en que la divinidad consiste y, de otro, tiene por objeto último la contemplación de, precisamente, la divinidad. Pero, como la vida humana no es sólo teórica sino también práctica, pues la contemplación es propia de pocos y de breve duración, también debe encaminar su acción exterior al mismo fin. Y especialmente, el sabio, tiene que volver sus ojos a sus conciudadanos y encauzar su vida por medios prudentes hacia la virtud y en última instancia hacia la contemplación. En el colofón del capítulo se presenta, pues, la fundación del Liceo, su historia y las actividades políticas y científicas de sus miembros, como aplicación del deber de asimilar a la divinidad la vertiente activa de la vida humana.

La conclusión del libro, donde se examina cómo la extensión del cristianismo vino a constituir la mayor conmoción filosófica en el Imperio Romano, es digna mención. De una parte los mismos cristianos, desde San Juan y San Pablo, hasta los padres apologetas como San Justino, veían en la enseñanzas evangélicas una respuesta capaz de satisfacer el ideal de sabiduría y de conducta que perseguían las sectas filosóficas. De ahí el discurso ante el Aerópago, de ahí las influencias filosóficas que Jacques Follon destaca en el inicio del evangelio de San Juan, de ahí que Justino mantuviera tras su conversión la vestimenta característica de los filósofos antiguos y que Clemente de Alejandría hablara de "nuestra filosofía" para referirse a las enseñanzas del Señor. De otra parte, la nueva enseñanza conllevaba elementos, por completo, nuevos e incomprensibles para la filosofía precedente. Pero no porque la religión fuera cosa ajena a la filosofía, sino porque la encarnación o materialización de lo divino y su amor por las criaturas hasta sufrir en la cruz, no casaban con la divinidad, impassible e insensible a los seres limitados, que los antiguos llegaron a concebir como culminación de su pensamiento.

En contraste con el minucioso análisis de cuestiones demasiado particulares, hoy tan frecuente, merece especial atención la capacidad de síntesis que supone la labor de Jacques Follon. El engarce coherente de los textos resulta, a menudo, tan ilustrativo que necesariamente nos hace imaginar largas horas de reflexión y maduración sobre textos a veces muy fragmentarios como los de Heráclito o muy oscuros como los de Pitágoras. Por ello creo que esta obra, además de lograr su intento de mostrar su carácter religioso, es una magnífica introducción a las primeras escuelas filosóficas lo cual, sin duda, servirá a muchos para conocer sus dispares doctrinas, junto al espíritu común que las animaba.

José MIGUEL GAMBRA

D'ORS, Eugenio, *El secreto de la Filosofía*. Doce lecciones, tres diálogos y, en apéndice, "La filosofía en quinientas palabras". Con 28 ilustraciones. Estudio introductorio de José FERRATER MORA. Madrid. Ed. Tecnos 1997. 450 pp.

En su nota de presentación, Manuel Garrido afirma que "*El secreto de la Filosofía* (1947) es la obra de pensamiento más ambiciosa de Eugenio d'Ors y una de las más importantes de la filosofía española del siglo XX" (7). Asimismo José Ferrater Mora presenta al autor como "Crítico de arte, glosador, esteta y qué sé yo cuántas cosas más: todo eso es cierto. Pero él aspiró a ser, en el fonfo, y hasta en la superficie, un filósofo"(12). Podemos acertar presentando la obra y su autor como un libro de los más importantes de la Filosofía Española del siglo XX y a Eugenio d'Ors, asimismo, como uno de los grandes filósofos españoles de esta llamada Edad de Plata.

Ferrater Mora, a propósito del filósofo, declara sus dudas entre las pretensiones y las realizaciones de d'Ors como filósofo, pero puede contestarse también que sí porque "dedica algunos párrafos a tratar de penetrar el sentido de la filosofía"(13), y recorre algunas nociones filosóficas d'orsianas "función biológica de la lógica", "la filosofía del hombre que trabaja y que juega" y, dentro de un nuevo intelectualismo, la idea de *seny* como "la inteligencia que no niega, sino que justifica y 'coloniza' la acción", el *seny* debe ser corregido por la ironía, hasta el punto de que el pensamiento filosófico de d'Ors carecería de sentido sin la noción de *seny*.

Son sugerencias críticas, más o menos precisas, para situar este libro en el contexto de la Filosofía d'orsiana. Este libro ofrece doce lecciones, en unas preliminares y tres partes sobre *Teoría de las ideas*, *Teoría de los principios* y *Teoría del saber*.

Según la advertencia previa, *El secreto de la Filosofía* no ofrece lecciones para conseguir diplomas o criticar filosofías, "sino para ayudarle a pensar y para que él, a su vez, nos ayude. Que es una de las maneras más eficaces de ayudarnos todos a vivir"(22) y asimismo "van compareciendo a menudo temas y cuestiones no habituales, ensanchando el interés del filósofo por varias manifestaciones de lo espiritual,